

sia, manifestaban los fieles todos sus pecados, desde los de pensamiento hasta los públicos, y, conforme á éstos, recibían penitencia.

148. Vimos ya que en las vísperas de las grandes festividades, y para honrar los mártires, se reunían los fieles en el templo y pasaban toda la noche en vela. Aquí, pues, tenía lugar muchas veces la confesión sacramental, tiempo muy á propósito para aumentar la devoción é implorar de lo alto los auxilios necesarios para hacerla bien. En estas vigiliás, y aun fuera de las mismas, se preparaban igualmente los fieles con largas oraciones que les enfervorizaban y movían á tener grandes ansias de hospedar en sus corazones al divino Señor, y por último, el mismo Sacrificio que se celebraba á continuación de aquellas preces ¿de qué servía sino de disposición espiritual, donde clérigos y legos suplicaban, bendecían y glorificaban á Cristo Sacramentado?

CAPÍTULO X

SUMARIO

149. Advertencia que el diácono hacía al pueblo antes de la Comunión.—**150.** *Sancta, sanctis.*—**151.** Respuesta del pueblo.—**152.** Oraciones recitadas por el preste.—**153.** Nueva fracción de la Hostia.—**154.** Los cantores entonan el verso: *Gustate et videte.*—**155.** Síguese el acto de la comunión. Dispónese el celebrante y comulga.—**156.** Los fieles antes de comulgar se golpeaban el pecho, diciendo: *Dimitte nobis debita nostra.*—**157.** Adoraban la Eucaristía y recitaban el *Domine, non sum dignus.*—**158.** Lugar, orden y postura con que comulgaban.—**159.** ¿Quién administraba la Comunión?—**160.** Se daba en ambas especies y también en una sola.—**161.** Los varones recibían el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la mano, las mujeres en el *dominical.*—**162.** Cuchara litúrgica.—**163.** Beso del comulgante al obispo.—**164.** Tres modos de dar el Sangüis.—**165.** Cálices.—**166.** Cuidado que tenían los ministros al distribuirlo y los fieles al recibirlo.—**167.** Penas á los que en esto faltaban.—**168.** Comunión de los niños.—**169.** Canto de los salmos.

149. Una vez que todos los fieles estaban preparados para comulgar, y después que el sacerdote hubo levantado las sagradas Especies, á fin de que el pueblo creyente las adorase, el diácono, dirigiéndose á éste, decía: «(1) Con reverencia y temor de Dios: Atendamos»; ó bien, como se lee en la liturgia de los Etíopes: «Empecemos». Entonces el sacerdote, tomando la Eucaristía, pronunciaba en voz baja esta oración: «Santo, que descansas en los santos, oh Señor;

(1) Liturg. de Santiago.

santificanos con la palabra de tu gracia y con el advenimiento de tu santísimo Espíritu, Tú, pues, Señor, dijiste: Sed santos, porque yo soy santo. Señor Dios nuestro, Verbo de Dios, incomprendible y consubstancial al Padre y al Espíritu Santo, coeterno é inseparable; recibe el incorruptible himno en tus santos é incruentos Sacrificios, juntamente con Querubines y Serafines».

150. Y exclamaba: *Sancta, Sanctis*: las cosas santas son para los santos, palabras que denotan, como dice S. Juan Crisóstomo, que los fieles no sólo han de llegar a la comunión limpios de pecado, sino que han de ser santos. Estas solemnes palabras, que se hallan en todas las liturgias y en las Constituciones Apostólicas, eran pronunciadas por el sacerdote ó por el diácono, según la costumbre de la Iglesia que usaba una ú otra liturgia.

151. El pueblo contestaba á las palabras mencionadas: «Un santo, un Señor Jesucristo, que está sentado en la gloria de Dios Padre, á quien sea dada bendición por los siglos de los siglos (1)» ó también: «Un Padre santo, un Hijo santo, un Espíritu eficiente de vida, santo; gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que uno solo son los tres, por todos los siglos de los siglos». Estas palabras, juntamente con la salutación que las precede, se usan entre los orientales, y fueron sin duda alguna las de los primeros siglos; pero en el Occidente, en tiempo de S. Gregorio Magno, se decían otras, v. g.: *Si quis non communicat del locum*; si alguno no ha de comulgar dé lugar á los que comulguen» pero semejantes expresiones debían de ser únicamente una simple advertencia y no exhortación; puede que en lugar de ésta se dijese las que siguen, y que se usaban, según Martene (2), en el Occidente, particularmente en Francia: «Venid, pueblos, á participar del inmortal Misterio y Convite. Lleguémonos á él con temor y con fe. Comulguemos con puras manos el don de la penitencia, por cuanto el Cordero de Dios se presenta sacrifi-

(1) Liturg. S. Basil.

(2) De antiq. Eccles. rit.

cado á su Padre por nosotros, adorémosle y glorifiquémosle, cantando con los ángeles: Aleluya».

152. Síguese á esto una colecta que en la liturgia de Santiago se recita por la remisión de todos los pecados de los presentes, por todas las almas afligidas y atormentadas; por la conversión de los que han errado en la fe y curación de enfermos; por la libertad de los cautivos, y finalmente por los difuntos; por todos estos ruega el sacerdote, diciendo á la conclusión: «Señor, tened misericordia»; y el pueblo repite estas mismas palabras doce veces.

Los sacerdotes etíopes, antes de comenzar á distribuir la santa Comunión, saludan al pueblo con la paz: «Ésta sea con vosotros» dicen, y el pueblo añade «y con tu espíritu». Luego, teniendo el celebrante en sus manos la Hostia y el Cáliz, recita una devotísima fórmula de fe eucarística, que no podemos menos de consignar. «Éste es el Cuerpo santo, exclama, honrado y vital del Señor y Salvador Nuestro, Jesucristo, que es dado para la remisión de los pecados y para que consigan la vida eterna, aquéllos que en verdad le reciben. Así sea. Ésta es la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, santa, honrada y vivificante que es dada para la remisión de pecados y á fin de que consigan la vida eterna los que la beben verdaderamente. Amén. Creo, creo, creo, desde ahora y para siempre. Así sea. Éste es el Cuerpo y ésta es la Sangre de Nuestro Señor y Libertador, Jesucristo, que tomó carne de Nuestra Señora, santa é Inmaculada Virgen María, y la unió con la Divinidad, sin mezcla ó cópula natural, sin separación ó cambio de la Divinidad; lo cual está confirmado con el mejor testimonio en tiempo de Poncio Pilato, pues se ofreció espontáneamente por nosotros en el leño santo de la cruz. Amén. Creo, creo, creo que la Divinidad no se separó de la Humanidad, ni por un solo momento; se dió para nosotros, para salud y remisión de nuestros pecados, y para que consiguiesen la vida eterna los que le reciben en verdad. Así sea. Creo, creo, creo, desde ahora y para siempre. Amén. Estas cosas son de Aquél que es digno de honor, gloria y reverencia».

153. Así termina la hermosa fórmula de fe de los Etiópes, acabada la cual, el sacerdote subdivide de nuevo las partículas divididas. En la de Santiago es ahora cuando se dividen por vez primera, y á continuación recitan simultáneamente algunos salmos, como: *Dominus regit me et nihil mihi deerit—Benedicam Dominum in omni tempore—Exaltabo te Deus meus rex, y Laudate Dominum omnes gentes.*

154. Después de algunas oraciones propias de esta liturgia, el diácono dice: «En la paz de Cristo cantemos», y los cantores entonan: «Gustad y ved (1) cuán benigno es el Señor», por estas palabras invitan al pueblo á que pruebe la celestial Comida, la cual nadie conoce sino quien la recibe y gusta.

155. Á continuación el sacerdote, practicando actos de fe, esperanza y caridad, se inclinaba un poco, y, adorando al Dios Omnipotente que tenía en sus manos, le recibía sacramentalmente en ambas Especies. Volviéndose luego hacia los ministros y demás fieles, teniendo en sus manos las adorables Partículas, esperaba á que aquéllos y éstos se pudiesen en su presencia para distribuirlas. Asimismo los diáconos tomaban los sagrados Cálices que contenían la Divina Sangre y aguardaban con el sacerdote á los comulgantes.

156. Éstos, mientras tanto, haciendo actos de contrición, pidiendo á Dios Nuestro Señor que se compadeciese de ellos, se golpeaban fervorosamente el pecho, como pecadores, repitiendo al propio tiempo aquellas palabras de la oración dominical: «Perdónanos nuestras deudas». En la Iglesia griega, se conservan aún vestigios de esta loable costumbre. Inmediatamente, adoraban la Eucaristía, inclinando la cabeza ó postrándose enteramente, ya que de ambos modos se acostumbraba á practicarse. S. Juan Crisóstomo, (2) hablando de estos momentos críticos, decía: «Adorad y recibid; nadie coma de aquella Carne, si primero no la adore».

(1) Sti. Ciril., *Catheq. mystag.*, V.

(2) Hom. 61. ad pop. Anthioch.

157. Al tiempo mismo que se adelantaban á recibir la Eucaristía, ó en el momento de comulgar, solían decir tres veces, como en nuestros tiempos: «Señor, yo no soy digno de que entréis en mi morada ó en mi corazón, mas decid solamente una palabra y mi alma quedará hecha salva», palabras que incluyen dos fervorosos actos, uno de humildad y otro de fe excelente. Orígenes (1) exhorta á que en el acto de comulgar se practiquen estos actos. He aquí sus palabras: «Cuando recibes la santa comida y aquel incorruptible convite; cuando gozas del pan y de la bebida de vida, comes y bebes el cuerpo y la sangre del Señor, entonces, el Redentor ha entrado en tu corazón; y tú humillándote á ti mismo, pretende imitar al centurión Cornelio, diciendo: Señor yo no soy digno de que entréis en mi morada». Igual sentimiento domina al Crisóstomo.

158. Estando todo preparado, faltaba ver el lugar, orden y postura con que debían comulgar los fieles. Respecto al lugar era el siguiente, cuando el sacerdote no era el sumo Pontífice: En medio del altar comulgaba el celebrante. Á sus lados y de su mano recibían la Comunión los obispos, si los había, los presbíteros asistentes y el diácono y subdiácono, ministros del Sacrificio; los demás presbíteros al rededor del altar, los diáconos algo apartados de éste, los subdiáconos y demás clérigos inferiores en el santuario ó en el coro, y los seglares fuera de este lugar. Esta misma respetable costumbre se practicó en España; por más que tanto en este reino como en el resto del orbe católico, exceptuando algunos lugares de Italia, se permitió al Emperador, atendida su dignidad, comulgar entre los sagrados ministros; en Francia comulgaban los seglares dentro del coro, merced á una concesión hecha por el Concilio de Tours. En la Iglesia Romana á diferencia de las demás iglesias, los fieles comulgaban cada uno en su lugar; el presbítero iba

(1) Quando sanctum cibum, illudque incorruptum accipis epulum, quando vitæ pane et poculo frueris, manducas et bibis corpus et sanguinem Domini, tunc Dominus sub tectum ingreditur. Et tu ergo humilians te ipsum imitare hunc Centurionem et dicito: Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum. Hom. 5.

á donde estaba cada uno y le ministraba la Especie del santo pan, practicando lo mismo el diácono con el cáliz.

Cuando el sumo Pontífice celebraba el solemne Sacrificio y había de distribuir la Comunión al clero y pueblo fiel, se observaba el modo siguiente. El Vicario de Cristo comulgaba sentado en su silla, en lo que S. Buenaventura descubre un gran Misterio (1) y que el papa Benedicto XIV explica de esta manera: (2) «No se puede omitir que algunos Pontífices en la misa solemne acostumbraron sumir la Eucaristía sentados en su solio y vuelto el rostro hacia el pueblo, para expresar la Pasión y Muerte de Cristo, que padeció y murió públicamente y á presencia de los que asistieron á su indigna crucifixión». Después que comulgaba el Papa, se acercaban los obispos, presbíteros y demás ministros al solio del Pontífice, con la diferencia de que los obispos comulgaban de pie, mientras que todos los demás estaban de rodillas. Luego bajaba el Papa al *senatorio*, ó lugar donde estaban los nobles, los varones en una parte y en la contraria las señoras, y les daba el sagrado Convite. Una vez que hubiese distribuido á éstos la Comunión, subía á su Sede y desde ella comulgaba á los clérigos regionarios, como el nomenclador, facelario y acólito, quien sostenía la patena y toalla y le daba el agua para lavarse, terminado el acto (3).

El orden con que los primitivos fieles iban á comulgar era el que sigue, tomado de las Constituciones Apostólicas (4), con el que están conformes todos los autores. En primer lugar comulgaban los obispos, si los había; luego los presbíteros asistentes y á continuación el diácono y subdiácono que actuaban de ministros. Después seguían sucesivamente los presbíteros, diáconos y subdiáconos; los lectores, cantores y el resto del clero, con los ascetas. Entre las mujeres consagradas á Dios, el número de orden era, primero las diaconisas, luego las vírgenes y á continuación las viudas.

Finalmente el resto del pueblo ocupaba el último lugar,

(1) In ps. 21.

(2) Trac. de sacrif. Miss. lib. 2, cap. 21, n.º 4.

(3) Martene, rerum liturg. lib. I, cap. IV, art. V.

(4) Lib. 8.

pero entre él había gran distinción, pues los niños sucedían á las viudas, y los hombres eran antes que las mujeres.

159. La Eucaristía bajo la Especie de pan era administrada unas veces por el obispo ó presbítero que había celebrado, y otras por los diáconos, según atestigua S. Justino (1); pero lo más general fué lo primero, quedando á cargo de estos últimos la administración del Cáliz eucarístico. Acerca del cual hubo también su orden. Cuando era tiempo de administrarle se guardaba la misma colocación que en la distribución del Pan sagrado, á excepción de que, al llegar los obispos y presbíteros á recibirle, lo tomaban con sus propias manos y bebían la porción conveniente; los diáconos la recibían de manos de los presbíteros, y devolviendo éstos el cáliz á aquéllos, el pueblo comulgaba de mano de los diáconos. Antiguamente, los ministros sagrados conocían perfectamente á todos los que llegaban á recibir el Pan de los fuertes, y si acaso lo ignoraban, solían preguntarlo al mismo sujeto que comulgaba.

Esta costumbre subsiste aún entre los griegos, pues el sacerdote, al presentarse un cristiano á la santa Mesa, le dice: «Siervo de Dios N., recibe el santo Cuerpo y la preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo para el perdón de tus pecados y para la vida eterna».

Era doble la postura con que los primitivos cristianos recibían la Eucaristía. Comulgaban de pie, y arrodillados. Lo primero estuvo más en uso en el Oriente que en el Occidente, ya que no se encuentran bastantes datos para acreditar esta costumbre entre los latinos, no obstante, es probable que en el principio de la Iglesia fuese así. Por lo demás, aunque los fieles se acercasen á recibir el Santo Sacramento de pie, no por eso lo verificaban sin grandes demostraciones de humildad y respeto, pues inclinaban la cabeza y tenían los ojos bajos. Acerca de lo primero, conservamos la autoridad de S. Cirilo (2) de Jerusalén, quien dice: «Llégate á recibir la Sangre del Señor, no extendiendo la mano,

(1) Apol. II.

(2) Catheq. mystag. V.

sino inclinado y en ademán de veneración». El P. Chardón (1) menciona una autoridad de Mr. Smith, ministro de la iglesia anglicana, el cual, refiriendo el estado de la griega, dice que se acercan á comulgar estando casi de pie, pues sólo inclinan un poco la cabeza y las rodillas (2). Comulgaban también de rodillas, uso que estaba arraigado ya en el cuarto siglo, según se desprende de S. Juan Crisóstomo (3), el cual exhorta á los comulgantes á que se prosternen delante del altar en el acto de la sunción de la Eucaristía. Desde esta época se generalizó más y más esta laudabilísima costumbre, de modo que en los siglos siguientes, á excepción de la costumbre de los griegos, apenas quedan vestigios del uso contrario.

160. La sagrada Comunión se administraba generalmente en ambas Especies; los que comulgaban en el Sacrificio, sabían ya por secular costumbre, que debían recibir la Hostia y el Cáliz del Señor; los que lo verificaban en sus casas, en las cárceles, en los desiertos, ó en caso de enfermedad, la recibían bajo la Especie de pan. Pero como nosotros estamos tratando ahora de la Comunión practicada durante el Sacrificio, reseñaremos algunos pormenores referentes á la sunción de ambas especies.

En el Tratado primero de esta Obra, al ocuparnos de los herejes husitas (4), vimos que la Comunión bajo ambas Especies no es necesaria de precepto divino; á lo que podemos añadir que tampoco lo es de eclesiástico, antes por el contrario, está mandado expresamente que los que no sacrifican, comulguen bajo sola la Especie de pan. Para promulgar esta ley tuvo la Iglesia en el decurso de los siglos, más que suficientes motivos, los cuales veremos al tratar de la Eucaristía en los tiempos Medios; motivos, que en los primeros siglos ni eran tantos, ni podían por otra parte llegar á formar un decreto semejante; por eso es por que la Iglesia

(1) Hist. de los Sacram. de la Eucarist. cap. 4, art. 2.

(2) *Pæne erecti stant, nisi quod percepturi sacrosanta simbola caput et genua inclinant, quo pacto sub utraque specie simul communicat populus.*

(3) Hom. 31, in natal. Christ.

(4) Cap. 40, §. 4.

fué indulgente, y hasta se complacía en administrar la Comunión, en esta primitiva época, bajo ambas Especies.

Á fin de proceder con orden en la descripción del modo con que los ministros del Señor distribuían al pueblo la Hostia y el Cáliz, veamos en primer lugar, cómo se concedía Aquélla y las circunstancias que la acompañaban.

Después que los diáconos, dice la liturgia de Santiago, hubiesen tomado las patenas, en las que estaban las santas Especies, y los cálices que contenían el divino Sangüis, para distribuir la comunión al pueblo, uno de éstos, dirigiéndose al sacerdote celebrante, decía: «Señor, bendice»; el cual respondía: «Gloria á Dios que nos santificó y nos santifica á todos». El diácono añadía, refiriéndose á Dios: «Sea exaltada tu gloria sobre los cielos y sobre toda la tierra y tu reino permanezca por los siglos de los siglos». Luego deponía la patena sobre una mesita y el sacerdote alababa al Señor diciendo: «Bendito sea el nombre del Señor nuestro Dios por todos los siglos»; mas el diácono, dirigiéndose al pueblo, exclamaba: «Con temor, fe y amor de Dios, acercaos», á cuya alocución respondía el pueblo: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor». Entonces el diácono tomaba la patena y pedía la bendición al sacerdote, el cual añadía: «Guarda, Señor, á tu pueblo y bendice á tu heredad». Á continuación se seguía la distribución de los santos Panes. Si es cierto que estos ritos precedían á la distribución del Cuerpo del Salvador en Jerusalén y demás lugares donde esta liturgia se practicaba, no lo es menos que en el Occidente y en otras muchas iglesias del oriente, el diácono ó el sacerdote, al presentar al fiel el Cuerpo del Señor, decía: *Corpus Christi*. He aquí el Cuerpo de Cristo; y el fiel respondía: *Amen*. Esta fué la fórmula más general usada en los primeros siglos. De ella tenemos innumerables testimonios. Las Constituciones Apostólicas (1) contienen estas palabras: «El obispo distribuya la oblación, diciendo: *Corpus Christi*, y el que lo reciba diga: *Amen*». Era tan necesario

(1) Lib. 8, cap. 13.

que el que recibía la Eucaristía respondiese *Amen*, que el no decirlo podía atribuirse á falta de fe en el recipiente, y así dice S. Ambrosio (1): «Te dice á ti el sacerdote: *Corpus Christi* y tú respondes, *Amen*, esto es: verdad; ó como si dijeras: creo que recibo el verdadero Cuerpo de Cristo». En todas partes, el cristiano respondía esta locución afirmativa, y de ello tenemos fuertes testimonios que lo acreditan, como S. Jerónimo, (2) S. Agustín (3) y S. León el Grande (4). Tan arraigada estaba semejante fórmula en la Iglesia de Dios, que el cismático y soberbio Novaciano, (5) habiendo logrado con sus heréticas blasfemias y monstruosos errores apartar á algunos fieles del gremio de Ella, les exigía que en el momento de comulgar, cuando el sacerdote, mostrándoles la Santa Hostia, les dijese: «He aquí el Cuerpo de Cristo», ellos contestasen: *Non revertar deinceps ad Cornelium*. No volveré más á Cornelio. Éste era, entonces, el Pontífice de la Iglesia universal, de cuya pluma sabemos semejante hecho histórico.

Los sacerdotes que usaban la liturgia de S. Marcos, decían: *Corpus Sanctum*. Este es el Cuerpo santo, en lugar de *Corpus Christi*, que en la esencia equivale á lo mismo; y los Etopes ó Abisinios, repetían aquella fórmula tan devota y de la que ya hicimos mención. «Éste es el Cuerpo santo, honrado y vital de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; etc. *Hoc est corpus sanctum, honoratum, et vitale, Domini et Servatoris nostri Jesuchristi, quod datum est in remissionem peccatorum: et ad vitam æternam consequendam, vere sumentibus ipsum. Amen.*

Con el tiempo, esta fórmula: *Corpus Christi*, sin perder nada de su esencia, fué modificándose por los aditamentos con que se la enriquecía; por manera, que en tiempo de S. Gregorio el Grande, según refiere Juan el diácono, se decía:

(1) Dicit tibi sacerdos: Corpus Christi, et tu dicis Amen, id est: verum. Lib. 4 de Sacram. cap. 5.

(2) Epist. 62 ad Theophilum Alexand.

(3) Lib. 12 contra Faust. cap. 10.

(4) De jejuniis septimi mensis. VII.

(5) Epist. ad Fabium Antioch.

Corpus Domini nostri Jesuchristi conservet animam tuam. El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo conserve tu alma; en otras partes se recitaban éstas: *Corpus Agni Dei quod tibi datur in remissionem peccatorum*. Éste es el Cuerpo del Cordero de Dios que se te da para remisión de tus pecados, y *Corpus Domini Nostri Jesuchristi sit tibi salus animæ et corporis*. El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo sea para ti la salud del alma y del cuerpo. Finalmente la que ofrece Alcuino es la que más se aproxima á la de nuestros días: *Corpus Domini Nostri Jesuchristi custodiat te in vitam æternam*. El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te guarde á ti para la vida eterna; pues las palabras *animam tuam* que tiene de más nuestra fórmula, han sido tomadas de las que se decían en tiempo de S. Gregorio el Grande.

161. Al pronunciar la palabra «Amén» el fiel que debía recibir el sagrado Pan, ponía la mano izquierda debajo de la derecha, en forma de cruz, y en medio de ésta recibía la Santa Hostia. La tradición universal confirma semejante encantadora práctica. Tertuliano reprende vigorosamente la conducta de ciertos cristianos que, atreviéndose á fabricar idolillos de los falsos dioses, no tenían rubor de extender sus manos para recibir en ellas el Cuerpo de Jesucristo. S. Ambrosio, usando para con el Emperador Teodosio de la libertad y vehemencia que animaba á su espíritu, por haber éste decretado ilícitamente la muerte de los Tesalonicenses, le decía: «¿Cómo, oh Teodosio, *extenderéis vuestras manos* bañadas aún con la sangre que injustamente habéis derramado? ¿Cómo recibiréis en tales manos el Cuerpo del Señor?» y S. Cirilo de Jerusalén, hablando de la ceremonia que se debe guardar en el acto de la Comunión, advierte (1) lo siguiente: «Cuando hayáis de comulgar, no os habéis de llegar con las manos extendidas, sino que con la izquierda habéis de formar como un asiento para la derecha, la cual ha de contener un Rey tan grande; y así,

(1) Ne expansis manum velis, neque disjunctis digitis accede, sed sinistram velut thronum subjiciens dexteræ, utpote Regem suscepturæ: et concava manu suscipe corpus Christi, respondens. Amen. Catheq. mystag. V.